

PRESENTACIÓN

Hoy en día, gracias al constante bombardeo de los medios de comunicación, que nos informan prácticamente minuto a minuto sobre el desarrollo de la alta política internacional, estamos habituados a la presencia continuada de la diplomacia en nuestra vida cotidiana. Por lo menos, tan acostumbrados como lo estamos a lo que suponemos como su opuesto, la guerra. El recurso al manido «que callen las armas, es hora de la diplomacia» aparece con frecuencia en el momento crítico de los diferentes y cruentos conflictos que asolan nuestro mundo y nos ha facilitado la percepción de dos «oficios» diferentes al servicio de los Estados: el de diplomático y el de militar, que podemos considerar, según las circunstancias, bien como complementarios, bien, a menudo, como excluyentes. Al primero, según entendemos, corresponden la negociación y la persuasión por la palabra; al segundo, la acción y el poder de las armas. Ambos están indisolublemente unidos, ya que no suele existir guerra sin diplomacia y, probablemente, tampoco lo contrario.

En este contexto, no deja de resultar paradójico que la presencia constante de la guerra haya contribuido decisivamente al desarrollo de la gestión diplomática y eso es algo que ha sucedido desde la Antigüedad hasta nuestros días. El conflicto bélico como dinamizador de la vida política, social, económica, etc. ha sido una clave de interpretación básica del mundo antiguo y lo continúa siendo, porque la relectura de las principales fuentes historiográficas clásicas sigue poniendo de manifiesto la importancia de la guerra como factor de comprensión de las sociedades antiguas, entre ellas la romana, y ello, a pesar de que las interpretaciones actualizadas nos proponen revisiones de las formas de dirimir los enfrentamientos en la Antigüedad Clásica. Sin embargo, la diplomacia, como actividad opuesta y complementaria a la guerra, si así queremos entenderlo, no ha disfrutado del mismo tratamiento historiográfico. Y con esto, no nos referimos al estudio de las relaciones internacionales que, desde los inicios de la Historia Antigua y por la misma naturaleza de las fuentes antiguas, ha gozado de un crédito importante entre los historiadores del mundo antiguo. Se trataría más bien de la consideración de la propia diplomacia como un instrumento válido para la comprensión de la cultura política, ideológica y social, en este caso, de época romana.

Esta situación ha variado notable y favorablemente a lo largo de los últimos años. Los investigadores que han colaborado en este número de *Veleia* han contribuido con sus publicaciones en los últimos años, desde diferentes puntos de vista, a paliar este vacío historiográfico. Por ello, en este punto de los estudios sobre la diplomacia romana de época republicana, los editores de la revista han considerado oportuno dedicar sus páginas a una perspectiva diferente sobre la actividad diplomática, en el sentido de tratar de analizar, no únicamente el contenido político de las relaciones internacionales durante la República, sino también cuáles son las puestas en escena y los escenarios a través de los cuales se pone en acción la diplomacia entre los romanos y los «otros». Estudiando aspectos que, hasta el momento se han tenido por secundarios en el desarrollo de las negociaciones de las embajadas, y, hasta cierto punto, internos, pretendemos ofrecer una comprensión más ajustada de las relaciones de poder en la diplomacia antigua; del papel de ésta en la cultura política romana; de la influencia de la presencia de otros pueblos, a través de sus embajadas, en la *Urbs*; de la modificación del espacio público de la ciudad al ritmo del crecimiento de su imperio territorial; y,

también, de las claves de la comunicación no verbal y del lenguaje gestual en las negociaciones entre Roma, por un lado, y sus aliados y enemigos, por otro. En definitiva, nuestra intención es la de proporcionar una nueva visión sobre la gestión diplomática en Roma que, además de estar atenta a las cuestiones de interpretación política, contribuya a valorar la aportación ideológica al conocimiento de si misma y de los demás por parte de la sociedad romana; al desarrollo de instrumentos de comunicación e interlocución internacionales; y, por último, a la articulación de las formas de poder y subordinación entre Roma y los pueblos que conquistó a lo largo de su dilatado proceso de expansión territorial.

Elena TORREGARAY PAGOLA